

## BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



Don Juan Pablo Fournier

En el año de 1782 apareció en Madrid un folleto titulado el *Asno erudito*, obra póstuma de un poeta anónimo, según se leía en la portada, y publicada por Don Pablo Segarra. La casualidad de estar escrita esta sátira ó mejor dicho libelo, contra un hombre que gozaba en Madrid no solo un buen nombre literario, sino también un alto empleo y una grande influencia en la Corte, llamó mucho la atención del público, y el *Asno erudito* fue bien presto despachado; en todas partes se leían sus picantes invectivas con avidéz y algazara, y se celebraba infinito la intrepidez del Segarra; pues

aunque todos habían leído aquello de *obra póstuma etc.*, todos se figuraron desde luego que aquello era solo un medio de ponerse algún tanto á salvo de la maledicencia. Si el nombre de su autor hubiera sido algo más conocido del público, en aquel tiempo, no hubiera tardado mucho éste en averiguarlo, descifrando las cuatro iniciales que en el prólogo de dicha fábula pone el titulado editor Segarra; pero era la primer obra que daba á luz, y no fue fácil á todos conocerlo; lo cierto es que la tal fábula hizo mucho rabiar á aquel contra quien se dirigía, y que este picado y amostaza-

do contestó al dicho folleto, con el papel de *Para casos tales suelen tener los maestros oficiales*. El verdadero autor de la fábula era D. Juan Pablo Forner como se explica descifrando las cuatro iniciales D. J. P. F. que se leen en el prólogo de dicha fábula, y el del otro folleto D. Tomás de Iriarte, hombre entonces muy conocido en la Corte por su buen trato, por su destino honorífico, por su buena reputación literaria, y por su buen talento. Todas sus cualidades y costumbres las ridiculizó Forner en su *Asno erudito*, empezando por su afición al violín que critica con estos versos.

Para instruir al ignorante suelo  
¿No bastará el desvelo  
De saber con porfia  
Serrar una alemana sifonía?

Sigue criticando su traje de este modo.

En el cuerpo acomoda,  
De gentil cortadura  
Casaca con dorada bordadura,  
Media de Persia entre galan zapato.  
Sobre quien para ornato,  
Por ser otras sencillas,  
Puso sus herraduras por hebillas.

Finalmente toda la fábula está plagada de alusiones como la del verso que dice

Las maravillas de aquel arte canto.

primero que se halla en el lánguido poema de la música que hizo Iriarte. Vemos pues que Forner se dió á conocer por una fábula, que si bien no carece de galas poéticas y de correcta versificación, tiene el feo colorido de ser un libelo, escrito contra uno de los hombres mas beneméritos de su tiempo; que si tenia poco talento poético y menos fuego del que se necesita para la poesía, como le dice Forner en una de sus sátiras con estos versos,

¡Oh! vosotras mis Plérides canoras  
Y tú espléndido padre de los días  
Que á Tirso, (Iriarte) nunca inflamas ni açaloras.

no se le puede negar que conocia nuestra lengua cual ninguno de su tiempo, y que la manejaba con una maestría y destreza inimitables; no careciendo tampoco, (principalmente los versos que emplea en sus fábulas) de fluidez y armonía.

Para el público sin embargo que gusta siempre de la crítica, aunque ésta sea mordaz, se presentó Forner como un genio atrevido y maligno, y se captó desde luego la voluntad de todos aquellos que por envidia, ó por otras varias causas pretendian ridiculizar á los buenos literatos de aquel tiempo. Puesto en una situación tan difícil y resvaladiza, tuvo nuestro buen *Segarra*, que mantener á toda costa la lucha que él habia provocado, á la verdad tan malamente, y siguió

escribiendo folletos en contestación á los muchos que contra él se dirigian; su genio era á propósito para estas reyertas literarias, en las que se complacia extraordinariamente, aunque en algunas sacasen á relucir su facha, por cierto no muy noble, como sucedió con Huerta, que en una de sus impugnaciones le llamó *tuerto* é hizo su natural retrato. Entre los muchos folletos que con este motivo escribió, hay algunos de bastante mérito; las *Reflexiones sobre la lección crítica de Huerta*, son dignas del aprecio de todo hombre instruido, por su lenguaje correcto y puro, por la fortaleza de sus razones para probar la falsedad del aserto de Huerta, en que llama á nuestro Cervantes envidioso de la gloria dramática de Lope, y por su inmensa erudición; no es menos apreciable la *Carta de D. Antonio Varas sobre la riada de Triqueros*, y otros varios de sus folletos; en todos ellos se deja conocer el carácter enérgico y satírico de Forner, al mismo tiempo que su talento claro y su inmensa doctrina.

La Corte no estuvo exenta de su lengua mordaz, y de su enérgico y picante estilo; compuso una sátira que no llegó á imprimirse, tal vez por miedo del que la compuso, y ciertamente si se hubiese dado á luz, no lo hubiera pasado muy bien su autor; tal es la energía y el veneno que vertió en ella su afuente pluma; por desgracia no hemos hallado mas que algunos fragmentos de ella, de los que sin embargo no queremos privar al lector.

Principia lamentándose de que no se atiende su mérito, y se premie á charlatanes y aduladores cortesanos, dirigiendo á su amigo estos versos:

Alegar inmortal merecimiento,  
A quien no debe al mérito su cargo,  
Es tañer dulce cítara á un jumento.  
Ciencia profunda con estudio largo  
Y el grave meditar sobre las cosas  
Que el alma elevan con gustoso embargo.  
Producirán jaquecas peligrosas  
Nada mas: y yo sé que á tales frutos  
Nadie aspira por sendas muy costosas.  
La facultad de dar pide tributos;  
¿Vos qué tributareis sino un consejo  
Moneda que ni aun sirve para lutos?

Ser aquí adulador es gran eucaña:  
Derramad el incienso á manos llenas,  
Y hallareis que mi regla no os engaña.  
Asistid á las zambras y á las cenas  
Siempre bufon de Próceres idiotas,  
Y arrastrad bajamente sus cadenas.  
Cuando pronuncien necias pasmanotas  
O rebuznen con pompa prepotente,  
Y de su estolidez den altas notas;  
Acudid con sonrisa diligente  
A celebrar el bárbaro mugido  
Aunque allí vuestro estómago rebiente  
Esté siempre dispuesto y prevenido  
Ese cogote á todo movimiento  
Cual muñeco de muelle construido.

Y afirmad ó negad cual sople el viento,  
 Cabeceando con gentil talante  
 Bañado en gozo ó bien en sentimiento.  
 Jamás vuestro será vuestro semblante  
 Copiadle siempre del patron, y astuto  
 Averiguad su gusto dominante:  
 Y sed bruto cahal, si fuese bruto:  
 Y si maligno murmurad sin tasa:  
 Y si gusta de chismes, sed cañuto.

Mercader de calumnias, pon tu lonja  
 Junto al aleazar del poder, y ensancha  
 Tu codicia, y conviértela en esponja;  
 Y tu verás que á su favor te engancha  
 Un sátrapa que el vicio ha entronizado  
 Y en sangre trata de lavar su mancha.  
 En tu patria es el único pecado  
 Decir verdad, y no tener dinero:  
 ¿Pobre y veraz? ¡oh pésimo! ¡oh malvado!  
 Cuando colgado del fatal madero  
 Veas horrible un misero aldeano  
 Condenado á morir por ruín ratero:  
 Piensa que aquel pobrete muy lejano  
 De la Corte, ignoró las grandes artes  
 De robar con imperio soberano.

Es ciertamente lamentable que esta sátira haya perecido casi completamente, porque creemos sería una de las obras que mas honrarian á su autor; es imposible declamar con mas energía contra las injusticias de las córtés, y contra los feos crímenes de que por desgracia tanto abundan los gobiernos; en ella está marcado al mismo tiempo con señales indelebles el carácter ácre y fuerte de Forner, y su génio elevado y grande. Pero no fue esto solo lo que escribió contra la córte, y sobre todo contra la privanza de Godoy: hay un soneto escrito espresamente para este privado, que puede decirse con verdad que está escrito con sangre y con veneno; lo tituló *altura equívoca*, y en los dos tercetos últimos se lee.

No es Dios injusto, no: jamás consiente  
 Gloria al malvado; ni elevado empleo  
 Siu causa al necio permitirle plugo.  
 Tu grandeza es patíbulo eminente,  
 Si á su cima no subes como reo  
 Subes, mira que horror, como verdugo.

Basta lo dicho para dar una idea de su carácter; diremos ahora algo de su nacimiento, y de otros sucesos de su vida.

D. Juan Bautista Pablo Forner nació en la ciudad de Mérida, en veinte y tres de Febrero de 1756. Fueron sus padres D. Agustín Francisco Forner y Segarra, natural de Vinaróz en el reino de Valencia, y Doña Manuela Piquer y Zaragoza, sobrina del célebre D. Andrés Piquer, y natural de Madrid.

Su educación fue esmerada, no desmintiendo él nunca las esperanzas que de sus talentos se habían to-

dos prometido. Pasó los primeros años de su infancia literaria al lado de su tío D. Andrés Piquer, y estudió humanidades y lenguas en Madrid en el aula de D. Francisco Torreçilla: á la edad de catorce años lo enviaron sus padres á la Universidad de Salamanca á estudiar filosofia, con el objeto de que se dedicase á la carrera de la jurisprudencia; los laureles ganados en el aula de Torreçilla, fueron aumentados con los que ganó en las nuevas cátedras á que asistía; y en los nueve años que cursó en dicha Universidad, lució extraordinariamente sus talentos y aplicación en los diferentes actos que exigía la carrera á que se había dedicado, acompañando desde entonces sus estudios legales, con el recto uso de la filosofia y de las letras humanas; leía mucho á Bacon, y estudiaba con ansia la historia y la elocuencia, convencido de que no puede haber un buen letrado que no posea estos preciosos y útiles conocimientos; en su sátira titulada *exequias de la lengua castellana*, habla burlescamente del estilo inculto y desaliñado de los oradores forenses de su tiempo, que desdeñando la historia, la filosofia y las artes instrumentales, no hacían otra cosa con su montaraz escuela, que prostituir la noble profesion de la jurisprudencia; era hidrópico de libros, y rara vez se le veía sino leyendo ó escribiendo; esta constante aplicación y su buen talento, hicieron que su nombre se conociese en Salamanca, á poco tiempo de su llegada á aquella Universidad. Allí cultivó la amistad de todos los jóvenes que en aquella época estudiaban en ella, y que despues tantas glorias científicas y literarias han dado á España.

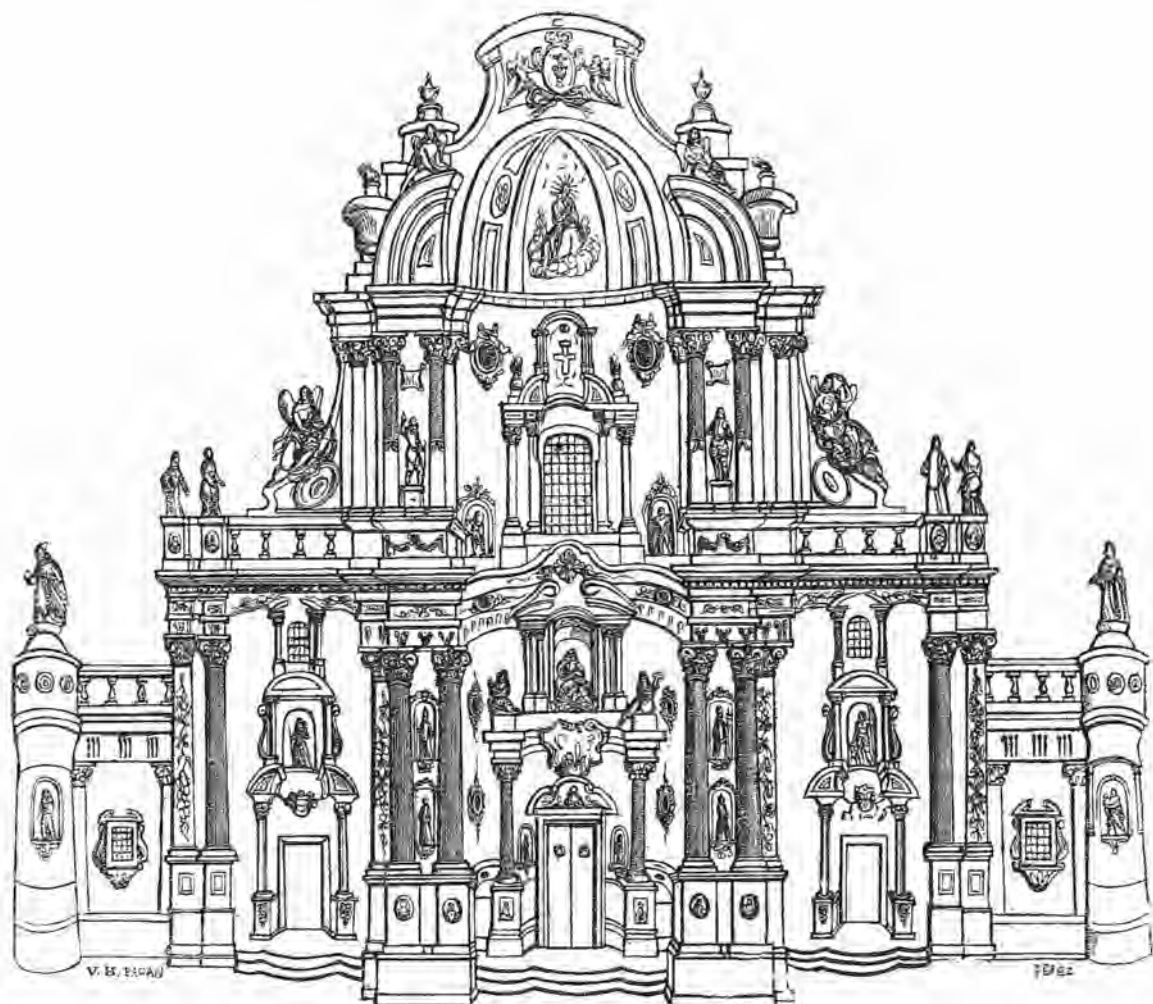
Aunque sus principales estudios eran los de filosofia y jurisprudencia, no dejaba de asistir á la clase de literatura, á la cual fue siempre tan inclinado: concurría tambien á la clase de griego que esplicaba el maestro Zamora, y á la que asistían con él Iglesias, Melendez, Estala y otros, llegando á poseer admirablemente esta lengua, así como el hebreo y latin.

En el año de 1782, siendo aun estudiante en dicha Universidad, recibió el premio de la Academia española su *sátira contra los vicios introducidos en la poesia castellana*. A los veinte y dos años de edad, habiendo concluido su carrera de jurisprudencia, vino á Madrid, donde estuvo practicando algun tiempo en el bufete de D. Miguel Sarralde, fiscal que fue despues en la audiencia de Barcelona; y habiendo ganado un curso de derecho natural en los estudios de San Isidro, fue admitido en el colegio de abogados de esta córte en 28 de Agosto de 1783. En 19 de Abril de 84 fue nombrado abogado honorario de la casa de Altamira con una pensión de 10,000 reales anuales, y poco despues historiador de la misma casa.

(Se continuará.)



# ESPAÑA ARTÍSTICA.



Portada de la Catedral de Murcia.

La hermosa y elegante portada y fachada principal de la Iglesia catedral de Cartagena, situada en la ciudad de Murcia, tiene de base doscientos sesenta palmos castellanos, y de altura doscientos setenta y cuatro. Representa un retablo precioso con toda la riqueza y magnificencia de que es capaz la arquitectura romana, y se asemeja al altar mayor de la Parroquia de S. Nicolás de Bari, de aquella ciudad. Se empezó esta obra, tan justamente alabada, en el año de 1737, y se terminó en poco tiempo, pues en el de 1790 ya estaba concluida. Su costo fue muy pequeño si se calcula lo que ahora costaría. Solo ascendió á *un millon ochocientos ochenta mil reales*.

Hizo el diseño en planta y alzado D. Fernando Ferringán, que estuvo de Ingeniero del Rey en la plaza de Cartagena, y que calculó el coste de la obra en

ochenta mil ducados. Pero debo manifestar que lo que se construyó, fue una parte del proyecto. El diseño original lo tiene D. Patricio Ponce abogado de Murcia; y el trabajo fue dirigido por el maestro arquitecto de la ciudad de Cuenca D. Jaime Bort, á quien el Cabildo cometió la ejecución, y le señaló doce mil reales de sueldo anuales. Se costó á espensas del Cabildo Eclesiástico, y el Rey y la municipalidad ayudaron también con sus caudales.

Es un compuesto de tres órdenes de arquitectura: sobre el zócalo arranca uno Corintio, con ocho columnas estriadas hermosísimas: sobre este tiene otro de orden compuesto; y concluye con un sesto de círculo, arco que desde abajo parece pequeño para corona ó remate de obra tan suntuosa. No tienen razón los que opinan que es confusa, ó que está demasiado re-

cargada; pues figurando un retablo general de una iglesia tan insigne y antigua como la de Cartagena, fue necesaria la colocación de los Santos que contiene. Mas conforme al arte es la opinión de muchos, que notan la falta de una escalinata y una balaustrada que sirviese de base y entrada á este rico y magistoso monumento. No se omitió gasto ni diligencia para su acertada ejecución. Las dos estatuas que están colocadas en los extremos: las de S. Juan y San José sobre las dos puertas laterales; el primoroso grupo de los ángeles elevando á la Virgen María, que está en el centro, encima de la puerta principal llamada de los perdones; y los bustos en relieve de los Apóstoles que hay en el zócalo; son obra de Mr. Dupar, de nación francés, escultor lapidario de Roma, maestro excelente que fue traído adrede para trabajar en las estatuas y adornos de la portada. El mismo Dupar dirigió los dibujos de los pilastrones y frisos de las cornisas, solo comparables por su ligereza, gracia y propiedad á las de Rafael en el Vaticano de que tienen bastante semejanza. Los estrangeros han vaciado estos preciosos relieves, y especialmente el Apostolado. Hizo las dos estatuas colosales de S. Fernando y S. Hermenegildo el escultor de Murcia Salello, padre del célebre en la misma facultad. Otros varios escultores concurrieron á trabajar en esta fachada, á porfía. Solo así pudiera haber salido un todo tan fino y acertado. Increíble parece ver la propiedad de los objetos con que están compuestos los dibujos, especialmente los calices, incensarios, tiaras, cetros y demas del sacrificio: los violines, instrumentos, papeles, en fin todo es sublime en el pensamiento y en la ejecución. No hay en esta obra un golpe mal dado. No hace falta el mas sutil filete. Es honor de las artes en el medio día de España.

Su remate fue un Santiago plantando la cruz: alegoría gloriosa para la iglesia Cartaginense, que conserva en una lápida colocada en el sitio por donde desembarcó el Santo Apóstol, la memoria de aquel incomparable suceso, con estas pocas palabras «*Ex hoc loco orta fuit in Hispania lux evangélica.*» La estatua de Santiago se quitó de la portada en el año de 1803 porque amenazaba ruina.

Todo el zócalo, y los órdenes subalternos que adornan las tres puertas son de mármol azul: las cuatro columnas de las puertas laterales, de jaspe genoves; y las dos de la puerta del centro son de granito. El resto de la obra es de piedra blanca mas fina, y tan fuerte como la herroqueña, y parte de ella trasportada desde Alicante á Cartagena, y desde esta á Murcia.

E. PONZOA.



## COSTUMBRES POPULARES.

### LA CRUZ DE MAYO.

I.

#### El Balle.

«Esto será de mal tono,  
y vulgar, y... que se yo;  
pero es fruta de mi tierra  
y yo soy muy español.»

M. BRETOS DE LOS HERNEROS.

La Cruz de Mayo en Madrid es una de aquellas festividades en que los solterones quisiéramos ver renovado, con alguna mas latitud, el edicto de Herodes para la degollacion de los inocentes: si inocentes se pueden llamar los muchachos que andrajosos, sucios, desgredados y chillones recorren las calles, dando alaridos como bandada de vencejos, y magullando las carnes y pintando al oleo las ropas de los desgraciados que no tienen voluntad ni dineros para la *Santa-Cruz*, representada por una desconchada cobertera de vidrio de Alcorcon. La Cruz de Mayo en Madrid, es tambien una cruz mas pesada que las pirámides de Egipto. Si tienes, lector, la desgracia de vivir en cuarto bajo, como tu portal sea oscuro, sucio y un tanto ruinoso, de seguro que plantan delante de tu puerta una manta morellana y una mesa tripode, y te levantan un altar donde reciben adoracion una mala estampa de S. Isidro, un retrato de Napoleon, Ntra. Sra. de Atocha, y medio pliego de aleluyas con la vida del hombre malo, por no haber otros cuadros que hermanen; te encienden dos velas de odorifero sebo, colocadas sobre candeleros de distintos metales y alturas, para mayor variedad, y te arman infernal música unas cuantas arpas con el áspero son de una guitarra herida por la púa, de un violin que hace rechinar los dientes como chirrido de cerrojo mohoso; y con el estruendo de los gritos, votos y juramentos, capaces de hacer oír á los sordos, te estimulan á que te arrojes por la ventana, puesto que la puerta cerrada herméticamente no te daría paso, y tendrías que sostener despues una pelea con la gente terrible de afuera por haber destruído su santuario....

Pero no sucede esto en Andalucía, ni menos en Granada; la matita de albahaca y claveles de aquella tierra; la querida de los árabes; la sentada á la falda de la *Sierra del Sol*; la de los palacios encantados y los cármenes floridos; la que tiene el Darro para el oro y el Genil para la plata.... Allí como hay tantas flores se celebra la venida de las flores, y cuando llega Mayo repartiéndole alegría, se festeja á tan deseado señor con una funcion de lo mas bueno, eligiendo para tan laudable objeto el día de la Cruz. Muchas he visto; porque la verdad me pirro por estos bromazos; ¡Ay! pero ninguna como la celebrada en casa de la Tía Tarasca, flor y nata de las viejas de buen temple. Voy á ponerte lector en algunos antecedentes necesarios, y despues á referirte por estenso el todo de aquella solemnidad.

—En el barrio de S. Lázaro donde habita la gente de mano pesada, de corazón duro y de intenciones vizcas, entrando por el *Triunfo*, hay una calle torciendo á la derecha mano que se llama de las Minas, tuerta y angosta como voluntad de usurero. Las casas que cierran sus márgenes son de arquitectura rústica, y tan desvergonzadas que la mayor parte enseñan su descarnado esqueleto, porque la escasa cal con que en tiempos mas felices estuvieron cubiertas, ha desaparecido con la intemperie; de rejas no hablemos que recuerdan la cárcel, y malo es nombrar la sogá en casa del ahorcado; puertas sonoras y transparentes por lo traidas, y dos, una á cada calle, para librar el bulto en caso de peligrar los vecinos por demasiada importunidad de los alguaciles; correspondiente corral al costado con tapias terrizas y no altas. En el centro de esta calle, casas mas ó menos, tenia su habitacion la Tarasca, célebre en toda la ronda de la tierra y respetada por todos; bien que sus hechos y procedencia lo merecian. Su padre murió en alto puesto, despues de echar un trozo de elocuencia patibularia que hizo derramar lágrimas, y su hijo de pesar robó en el acto un pañuelo para limpiarse; cinco años tenia el angelito, que al fin no llegó á granar, porque finó antes de tiempo cayendo del tejado una noche que le perseguian por enamorado de unas camisas. Sola y desamparada nuestra herolna en la edad de los merecimientos ¿qué habia de hacer? Casóse con un baratero, aunque la infeliz lo hizo por poderes, pues su marido estaba siempre aprisionado, y no en las redes de Cupido. Entonces fue cuando aprendió el oficio, y *matutera* mas diestra no pisó jamás las playas de Málaga, lugar en aquellos tiempos de su residencia. Con mas disimulo ocultaba bajo su delgado delantal dos libras de tabaco negro ó una pieza de pañuelos, que una novia vieja sus años; y nunca los gavilanes del resguardo pusieron sus garras en aquella fiel mensajera. Largo y ageno de este lugar seria, referir las aventuras y sinsabores que tuvo, á pesar de su destreza en tan asendereada vida, y mas cuando muerto su esposo vió al hijo de sus entrañas entre cadenas por no sé que cruces que el mozo inesperto se tomó la libertad de señalar en la cara de un su amigo [...]. Al fin recogida á mejor vivir se estableció en Granada con una hija que se llevaba tras sí las voluntades; espuma de la gracia, y salero de piedras preciosas; flor aromática y pura de aquel tronco carcomido: Rosa tenia por nombre, y un capullo entreabierto era su boca y dos claveles sus mejillas. Los mozos del barrio rondaban su reja con guitarras y platillos, y mas de una puñalada se habia dado debajo de su ventana; pero salió á la palestra Joseillo el Tagarote, contrabandista de á caballo y terne en regla; por consiguiente todo el mundo cerró su pico, y esquivó la calle para evitar un encuentro con el retaco del mozo. La tia Tarasca que veia acabarse su capital y prosperar poco su industria conoció la proporción, porque Joseillo habia hecho un viaje á la Plaza (1) con toda felicidad, y para acabar de atraer intentó poner una Cruz en su casa

(1) Gibraltar.

que dejara atras á todas las pasadas, presentes y venideras.

—«Oiga osté, tia Maimona, lo ques á mi no me piza naide la ropa, y aunque tenga que revolver el barrio y toica la siuda mi crú ha e zer zoná. Ya he recogio las colchas e caza e la comae de Clara y Rosilla, y los aniyos y las cruces y las gargantiyas. Juaniya la Pelona ma mandao zus cozas; la Pindonga ezta juroneando como una loca, porque como su hijo... ya vosté, Punzote y Tarique man ofresio loz pañuelos, que no han tenio salia, y hasta Chupazo el sacristan e San Alifonso me dará lo que quiera pá el avio, que al fin toas zou cozas e Dió. El verde ya ezta en el corral, y mi Rosiya va como una desatentda buseando papel pintao y oriyo.—Del baile ahí ez ná (torciendo el hocico); ya eztañ convidaoz Lenteja, Curriyo, Minuta, Pedro el zastre, y Pabliyo; el de los juegoz. Joseiyo tocará la vigüela con suz camaráz, y el Canario y la Paquita no han e faltá. Lo quez mosuelaz al reclamo... pué... y como mi caza e mu honrá....»

—«Dicen que pone crú la señá e la reguelta:» dijo la tia Maimona.

—«Mié osté la encanijá, (interrumpió la Tarasca) y que irá á jase la muy roñoza, cuando regatea mas un chavo que loz gitanoz un *chuli*. Pa eztaz cozas ze nezesita razerze el bolziyo (y acompañando las palabras con la accion se levantó las sayas por la derecha casi á media pierna). ¿Si creerá quel jerracoz le va á dar algo? sí, á eya, por su beya cara, cuando paese la manguiya e la parroquia, ó una aguja enzartá. Lo mezmo que Colaza la tuerta y la jornera; eztañ pensando que me la dan, y yo ze maz que laz culebraz... digo... á mi.»

—«Adios, hija mia, que zofocá vienez.—¿Qué osté ver loz papelez, tia Maimona?»

—«Si zeñora, ayá voy.»

Y con la llegada de Rosa mas encendida que el pañuelo carnesi que cubria su gracioso y abultado seno, se acabó aquel diálogo interesante entre las dos comadres, que nos hubiera puesto al corriente de todos los preparativos para la función, que siempre son un secreto hasta el momento en que se permite la entrada. Como cronista fiel, solo podré decir, segun noticias adquiridas de vecinas y muchachos, que se oían martillazos y trastorno de trebejos; que entraban y salian con lios de todas partes; que Rosa mas de una vez, despeñada y con la mantilla de lustrosa franela al desgairé, atravesó á pasos precipitados el *Triunfo* para buscar utensilios en el Zacatín y Alcaicería, y que la tia Tarasca, á pesar de pesares, tuvo que acudir por algunos dinerillos á casa de varios compadres, que le dieron y ofrecieron cuanto estaba á su alcance, como gente que vivia de lo ageno. Esto pasó desde la tarde del dia primero hasta la mañana del dia dos de Mayo; pero todo se tranquilizó de pronto, y entre tres y cuatro se abrió la puerta dando paso á un sin número de vecinas que no debian venir a la noche por lo aliviadas que se hallaban de ropa, por tener que acompañar á sus esposos á alguna expedicion, luertativa, ó por otras razones que no son del

caso. Todas miraban y remiraban estupefactas al principio, despues cuchicheaban entre sí con disimulo, temiendo las miradas terríficas de la Tarasca, y por último se retiraban á contar lo visto y á murmurar como viajero en España. Salió esta chusma, y entre estas y las otras sonó la oracion en la truncada torre construida por Siloe; y tomando mi sombrero calañés y mi capa, requisitos indispensables para ser admitido en tales funciones, me dirigí en busca de Joseillo el Targarote, que era, se puede decir, el héroe de aquel drama, y personaje con cuya proteccion contaba por antiguas y estrechas relaciones. Encontréle ocupado en adornar la cabeza de su guitarra con un crespo lazo de cintas de raso de variados colores, y rodeado de sus amigos de mas hulto. Cuando hubo terminado, colocóse debajo del siniestro brazo con desenfado el instrumento, derribó un poco el calañés sobre la frente, embozóse dejando la mano derecha sobre la vuelta de terciopelo carnesí, y echó á andar con garbo diciendo:— «¿Quién falta?» — «Naide: toltoz te esperamos.» — «Puez xi por mi no yueva, agua Dios. Al avio cabayeros, que ya ez hora. Ve delante, Canario, pá avizá á la Paquita.»

—On José (dijo volviéndose hácia mi) ziento que va ozte á jallarse en una esazon.»

—«¿Cómo?» le interrumpí medroso.

—«No tenga cuidao (replicó acariciándose la poblada patilla) que con ozte no va ná; ezteze á la verita é Rosiya que por allí andará.»

No pude contestar ni oír mas, porque tocábamos al umbral de la puerta de la tia Tarasca, y fijé toda mi atencion sobre el espectáculo nuevo que se presentaba á mis ojos. Los tabiques colaterales y del frente se habian hundido para que todo el piso bajo quedase á un andar; las paredes estaban cubiertas de colchas blancas, de muselina ó cotonía, de damasco carmesí ó de seda floreada; y el techo desvencijado y negro, habia sido engalanado con sábanas diestramente unidas, y con cubiertas de *cozo* ó de indiana: los extremos estaban orlados con pañuelos de seda (algunos intactos por ser contrabando no vendido de Punzote y Tarique), alternando con ramos de rosas, de mundos y lirios; pendían de todo el techo belones de Lucena con los cuatro mecheros encendidos, y aun algunos candiles de brillante ojalata. En el testero principal, que estaba á la izquierda de la puerta, con varias mesas de distintas dimensiones y alturas geoméricamente combinadas, se habia formado un altar, mayor y mas elevado que los comunes, cubierto de sábanas y manteles, y vestido por delante con un frontal de la Iglesia, que ocultaba, si no el todo, gran parte del estrambótico esqueleto. Cuatro grandes urnas de cristal con santos emboscados entre flores contrahechas; un sinnúmero de candeleros de todos tamaños y metales con velas labradas, gruesas, delgadas, blancas, amarillas ó pintadas, con papel picado y sin el, muchos santos pequeños de barro y angelitos vestidos grotescamente con banderillas de talco; y redondos ramos de rosas, lirios y otras flores que perfumaban blandamente el aire neutralizando el pávilo de las luces, eran los

objetos que ocupaban el primer piso ó término de aquel frontispicio. Sobre las urnas se desplegaba una gran colgadura de terciopelo morado con galones de oro, en cuyo centro y entre mil cornucopias, cuadros pintados en cristal con colores chillones, arcos de flores contrahechas y naturales, se divisaba una cruz como de una vara, toda llena de cadenas de oro y plata, de aderezos de esmeraldas, de zarcillos, de sartas de perlas de todos tamaños, de sortijas varias, de alfileres, de relicarios, de cruces, de rosarios de mil estrañas formas, y de otras muchas alhajas de oro, plata y relumbron, cuyo uso ó me es desconocido, ó imposible de marcar por verse en confusion. Todo estaba colocado sin órden y con mal gusto, deseando aparentar riqueza como retablo de Churriguera: un hilo de perlas redondas y de tamaño no comun, correspondia á los anticuados y voluminosos sellos de un reloj; una colossal cadena de plata unida á desmesurado relicario ocultaba un aderezo de brillantes, prenda tal vez la mas rica de todas. Los rubies, los diamantes, los topacios alternaban con ridículos camafeos, con acericos y cuentas de vidrio, ó con sortijas de todos metales; y los corales se perdian entre las arracadas de quincalla. El todo con los reflejos de las luces, de los espejos, de los cristales, de las piedras y esmaltes, de los orillos y relumbrones, formaba un cuadro que aunque lastimaba la vista agradaba en extremo. Lo demas del testero estaba lleno de ramos de arrayan, de laurel, de hojas de lirio, de tallos de rosal con flores, y algunos cuadros, profanos los mas.

Despues que hube mirado y remirado la compostura de la estancia, eché una ojeada á las personas, y aquí fueron las congojas y los alborotos de corazon... Todo lo mas florido que se cria en las riveritas del Genil y del Darro estaba sentado en sillas y bancos, colocados de modo que dejaban un vasto círculo para la danza. ¡Cuántos ojos negros dormidos y gachones! ¡Cuánto entrecejo espresivo! ¡Qué bocas de ambar, y que sonrisas tan voluptuosas! ¡Cuántos hoyitos, sepultura de corazones, y que trenzas tan negras y tan lustrosas! ¡Qué rizos tan sedosos colocados sobre las sienas, sombreando las mejillas y haciendo resaltar el moreno delicado de la frente! ¡Qué cinturitas quebrándose por lo sutiles! ¡Qué senos tan revolucionarios sin las aperturas del estrangero corsé, dibujándose en el blanco pañuelo de hilo guaruicionado de encaje! ¡Qué pies dejaba ver la vestidura, corta para el garbo!... Todas las ideas negras que se habia agolpado á mi cabeza con la insinuacion de Joseillo volaron; y sin temer los bultos siniestros de mozos ternes agrupados en el fin de la sala, dije para mi: entre estos cuerpos me den la muerte; que si al fin ha de llegar la mala hora, sorprédame entre ángeles; y me adelanté sin ceremonia á sentarme al lado de Rosa, que ofliciosa se levantaba á cada momento para colocar á los que llegaban.

Luego que hubo pasado para mi el vértigo de las primeras sensaciones, vi que allí estaban reunidas todas las notabilidades de los barrios: la Paca y la Estrella, reinas de la *calle Real*; María de Gracia, la Chiqui-

ta, flores las mas hermosas de las huertas de Gracia; Carmencilla, huri moderna criada entre las ruinas de la Alhambra; Clara la Rubia, con la voz mas dulce que un risueño, y diestra en tañer la vihuela; Currilla y la Gitana que bailaban sobre las rosas sin ajarlas, y otras muchas que no cuento, aunque dignas de eterna fama por su figura y habilidades.

Con la entrada de Joseillo y los tocadores y cantores todo se animó. Rosa y un coro de vírgenes dieron la vuelta pidiendo con azafate encarnado lleno de flores y hojas de rosa, robando voluntades y haciendo correr la plata y el oro de todas las bolsas. Terminada esta operacion de fórmula, empezó un jaleo de guitarras y platillos tan incitativo y bullicioso, que los pies bailaban solos, los brazos se balanceaban, y el cuerpo todo pedía guerra y jarana. El fandango llamado *granadina*, que se tocaba, tiene una magia inexplicable en sus sencillas notas; el gusto del guitarrista, que por lo general es diestro y se deja llevar de su imaginacion, hace que unas veces parezcan sus armonías el remedo de un canto guerrero, que declina en música bulliciosa y desordenada como el ruido de una bacanal: otras suaves y amorosas, melancólicas ó alegres, combinadas con el golpe acompasado sobre la tapa, llenan el alma de sensaciones diversas y la arrebatan.

Como era muy natural, Rosa rompió el baile con el mas diestro de la concurrencia, con el famoso Lenteja; y Joseillo el Togarote empezó á echar el resto en los punteos y en las variaciones, y á soliviantar á las damas con sus *oles*. El Canario tosió, y con una voz hermosa de tenor cantó.

«Con ese cuerpo garboso  
y esa cara de zandunga  
tiene osté muertos mas hombres  
que manda Isabel Segunda.»

Allí sí que fue ella de los bravos, de los *oles*, de las exclamaciones y de las palmadas: uno tiraba el sombrero como para recoger la gracia de los que bailaban (*Pera la perla oriental. — Digale osté algo, so esgalichao. — ¡Juy! que balance! y que meneo!... — Eche osté pimienta. — Conelita y clavo, garbosa...*) Animaronse con esto Lenteja y la Rosa tanto, que Joseillo puso un poco ceño, y quitándole la palabra de una mirada al Canario, que volvía con otro cantar, escupió al disimulo, y haciendo un preludeo ruidoso y dando un golpe entonó con voz robusta la lindísima cuarteta siguiente:

«El amor es como un árbol  
que tiene una sola rama,  
y si han de subirse dos  
es menester que uno caiga.»

Volvió entonces la cara Rosilla, suspendió el mágico chasquido de las castañuelas, y con sus hermosos ojos negros húmedos de placer le echó una mirada á su amante, tan cariñosa y espresiva, que el pobrete casi no pudo acabar la copla de lo que se le estrechó el corazón y de la revolucion que entró en su pecho. Los bailes del Mediodía con lo vivo y ardiente del compás, con las picantes provocaciones de sus posturas, con el ruido de

los crótalos y con aquella flexibilidad y gracia de las bailarinas, son voluptuosos de suyo. Rosa estaba hermosísima; y séase por efecto del entusiasmo que la animaba, ó porque ella realmente dominase la danza, me pareció superior á la Perla, envidiada bailarina de Triana.

Clara la rubia trató de poner en paz á los dos amantes, y para atraerse al celoso Joseillo moduló aquella de:

«Viva Cádiz, viva el Puerto,  
viva quien sabe querer,  
vivan los hombres que sufren  
penas por una muger.»

Su voz era dulcísima y un sentimiento profundo acompañaba á las modulaciones. En fin todos se lanzaron al jaleo, y puesto el baile á cuatro, empezó una broma de las mas dificultosas y calientes que han pasado por mis ojos. Rosilla se sentó á mi lado despues de abrazar graciosamente á su pareja, á los cantores, á los tocadores, y aun á mi porque hacia palmas; que te aseguro, caro lector, en Dios y en mi ánima que cuando la ví inclinarse como una azucena doblada por el viento, con el brazo derecho enarcado y las mejillas encendidas con el rubor y la fatiga, no me hubiera cambiado por el mortal mas encoquetado y feliz del universo mundo. El tumultuoso ruido de tanta desenfrenada castañuela, el rasgado de las guitarras, la agitacion de los danzantes y las armoniosas voces de los cantores, formaban un conjunto que adormecía el alma y conmovía la imaginacion de un modo estuendo: por eso no extrañé las brillantes y oportunas inspiraciones que oía salir de bocas rústicas, ni las modulaciones vivas, amorosas de las castañuelas y de las guitarras. Me olvidé enteramente de nuestros mezuquinos *bailes de sociedad*, donde todo es fastidio y languidez, y admiré aquellas notabilidades de canto y de baile, que contando con los solos recursos naturales, y sin tener formado el gusto, rivalizaban y superaban á veces á las ponderadas *donnas* de nuestros teatros, y á los orgullosos bailarines de tablas. Esta misma observacion se me habia ocurrido en Sevilla, cuando oí cantar al Planeta y al Tillo, á María de las Nieves y á Juan de Dios; y ahora que habia encontrado dignos rivales en la Rubia, en el Canario, en Lenteja, y otros se me recordó.

En esto asomó la tia Tarasca precedida de unos cuantos azafates con bizcochos, tortas y licores, invitando á todos los circunstantes. Su cara naturalmente avinagrada y manida con los años, me pareció angelical, pues *si los duelos con pan son menos, las alegrías se aumentan con las bebias*. Dió una ronda aquel confortante refrigerio, y el baile se suspendió para dejar espeditas las funciones digestivas. Y yo, lector (sin vergüenza lo cuento), engullí en compañía de Rosa y Joseillo, senda porcion de esponjadas tortas y bizcochos, ahlandados con unos vitales sorvos de tinto y rosoli; pero te daré algun descanso tambien dejando la continuacion para el artículo II, donde no todo serán alegrías.

J. GIMENEZ-SERRANO.